

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Valencia, P. (2015). Antisemitismo y dialéctica de la Ilustración. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 17 (1), 353-359.

VIRAJES

ANTISEMITISMO Y DIALÉCTICA DE LA ILUSTRACIÓN*

PAMELA VALENCIA MOSQUERA**

Recibido: 11 de julio de 2014

Aprobado: 01 de septiembre de 2014

Reseña

* Reseña crítica de: Horkheimer, M. y Adorno, T. (1969). *Elementos de antisemitismo. Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, Argentina: Sur.

** Programas de Sociología y Filosofía de la Universidad de Caldas. E-mail: pamelavalenciamosquera@hotmail.com.

Apuntes sobre Iluminismo

La dialéctica del Iluminismo se invierte objetivamente para convertirse en locura. El rompimiento con los principios de la moral cristiana y la adopción de los principios de la diosa razón no significó otra cosa que la construcción de un arma de defensa en la lucha por la existencia. La Ilustración como arma se vuelve incuestionable y, por tanto, se traiciona a sí misma en la medida en que se agotan sus razones y su reflexión. El Iluminismo llega a sus límites, en tanto se vuelve impotente frente a la verdad y se invierte para convertirse en locura. Como consecuencia de ello se transforma en válvula de seguridad, en paranoia, frente a la inseguridad que, en la sociedad industrial, es comprendida como la amenaza del retorno a lo prehistórico.

El origen económico y religioso del antisemitismo como legitimación de las prácticas genocidas

El antisemitismo debe tener un lugar dentro del conocimiento no solo para atenuarlo dentro del conocimiento mismo, sino también para anular la posibilidad de ser dócil como la víctima. Las explicaciones de carácter racional, político o económico, a pesar del grado de verdad que puedan encerrar, se quedan cortas frente a la verdadera esencia del antisemitismo si se tiene en cuenta que dicha esencia, al devenir de un acto irreflexivo enraizado en los principios incuestionables de la razón, se torna carente de sentido. Los *pogromos*, como una expresión del antisemitismo, son asesinatos rituales que cierran el camino a la reflexión y al significado. En este orden, se reafirma la tesis según la cual el antisemitismo sería una especie de idealismo dinámico erigido sobre la máxima que aspira a la salvación de la humanidad; al verse siempre estafados en esta contienda sus pobres motivos racionales se extinguen y la razón se vuelve sincera contra sus mismas opiniones, a saber: “la acción se convierte efectivamente en autónoma, en fin de sí misma y enmascara su propia carencia de objeto” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 204).

Al judío como figura del hombre errante le fue negada la posibilidad de echar raíces; siempre se le tildó de avaro, usurero y materialista. Podía pertenecer a la sociedad solo si se sometía al ritual del bautismo que, por demás, significaba para él la pérdida total de sí mismo. Los judíos fueron siempre los exponentes de las relaciones ciudadanas, comerciales, burguesas e industriales; introducían nuevas formas de vida que no eran del todo provechosas para aquellos que debían sufrir bajo las mismas. Fueron desde

el principio objeto de odio; se les redujo a la categoría de raza o especie cuando siempre difundieron el individualismo, el derecho abstracto y el concepto de persona. Además, “el comercio no era su profesión sino su destino” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 207).

El antisemita siempre tuvo presente los modales del mercader judío para justificar sus prácticas; ahora quiere prescindir del elemento religioso, en tanto que comprende la renuncia del hombre a su salvación eterna. No obstante, la religión difícilmente podría ser desechada, pues la hostilidad que durante dos mil años impulsó la persecución del judío, aún no se apaga del todo. El origen religioso del antisemitismo, reside en el odio del antisemita a los secuaces de la religión del Padre: “el progreso del judaísmo ha sido pagado mediante la afirmación de que un hombre, Jesús, ha sido Dios” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 210). El cristianismo espiritualiza la magia del judío en la medida en que humaniza a Dios a través de Cristo; la promesa mesiánica universal del judaísmo se hace subjetiva por el cristianismo, de ahí que lo absoluto sea acercado a lo finito y este sea absolutizado.

La autorreflexión en lo absoluto es el *Proton Pseudos* del cristianismo, esto es, la falsa apariencia de dicha religión. Con el cristianismo, el sacrificio se torna racional y con el último de ellos (el sacrificio del hombre-Dios) se quiebra la autoconservación en la ideología y se da paso a una autoconservación separada del amor natural.

[...] el cristianismo ha atenuado el terror a lo absoluto, pues la criatura se reencuentra a sí misma en la divinidad: el mediador divino es invocado con nombre humano y muere de muerte humana. Su mensaje es, no temáis; la ley se atenúa ante la fe; más que toda majestad es el amor que constituye el único mandamiento. (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 211)

El antisemitismo para algunos es un problema crucial de la humanidad; para otros, un mero pretexto. Como problema crucial, el judío se enmarca por el mal absoluto que debe ser destruido, pues no es ya una minoría sino otra raza. Como pretexto, el antisemitismo se comprende como proyecto de unidad nacional aniquilador de toda diferencia. El antisemita comprende al judío como un ser carente de características nacionales: “la presencia y aspecto de los judíos comprometen la universalidad dada a casusa de su adaptación imperfecta” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 200). Ambas doctrinas son a la vez verdaderas y falsas.

El antisemitismo es un problema crucial de la humanidad solo porque el fascismo lo ha convertido en tal. Luego, el antisemitismo, es un mero

pretexto que permite el perfeccionamiento del proyecto unificador. Ello es cierto si y solo si se presupone la unidad de los hombres como realizada. Afirmar lo uno o lo otro implica, de suyo, el velo con que se quiere observar el fenómeno antisemita.

La verdadera esencia del fascismo responde a la avidez de poder sin límites. El antisemitismo es propio de un orden que no puede existir sin deformar al hombre; se trata del sojuzgamiento que sufre el otro dentro de un orden económico que aspira a la igualdad y a la uniformidad de todos. Solo las características económicas y religiosas del judío podían servir como coartada de un Estado totalitario que lleva a cabo la persecución de los judíos como persecución en general. La esencia del antisemitismo, “a pesar de que pudiese permanecer muy oculta durante determinados períodos es la violencia que se revela en el genocidio” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 203).

El antisemitismo como mimesis del terror a lo prehistórico y como falsa proyección

El orden civilizatorio no soporta la libre espontaneidad del hombre, pues ella es peligrosa para el establecimiento de una economía de los instintos que, entre otras cosas, es provechosa para la consolidación de una economía de mercancías. El poder civilizatorio hizo del hombre un ser opresor de sus propios instintos, lo cual condujo ineludiblemente al establecimiento de una crisis cultural erigida sobre la mimesis.

El abandono de la satisfacción integral de las necesidades y la instauración del rigor, la disciplina y el trabajo opresivo como fines esenciales, es lo que se traduce en la transformación del *principio del placer* en el *principio de la realidad*. La civilización hipostasia el *principio de la realidad* porque este genera un cambio en el sistema de valores. El hombre se convierte en un ego organizado que lucha por lo que le es útil, en tanto rompe con sus aspiraciones instintivas y con la realización de estas. Así excluye de su naturaleza la satisfacción inmediata, el placer, el gozo, la receptividad, entre otros, por lo que en lugar de sus instintos instaura la satisfacción retardada, la restricción del placer, la fatiga, la productividad y la seguridad.

Sin embargo, el hecho de reprimir la estructura instintiva y biológica implica, no ya la eliminación del placer sino su presencia en la civilización misma.

El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio del placer. Rechazado por la realidad externa o inclusive incapaz de alcanzarla, la fuerza total del principio del placer no solo sobrevive en el inconsciente, sino también afecta de muchas maneras a la misma realidad que ha reemplazado al principio del placer. El retorno de lo reprimido da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización. (Marcuse, 1983, p. 31)

El hombre, en la medida en que suprime su propia naturaleza, se ve atraído por los comportamientos que traen a su memoria algún recuerdo de ella, de suerte que retorna a lo primitivo como una expresión desesperada de la propia anulación de sus instintos. De este modo, la mimesis se convierte dentro de la civilización en la mejor posibilidad de retornar desde lo primitivo al *principio del placer*.

En la sociedad industrial el hombre se vuelve rígido porque deja de sentir; cuando deja escapar algún rasgo de espontaneidad es aniquilado y tal es el caso del judío. Este último, es acusado por el antisemita de bárbaro y primitivo porque lejos de adoptar una actitud autoconservadora, ha superado y conservado la adecuación a la naturaleza en los deberes del rito. El antisemitismo es un caso de locura paranoica que se basa en la falsa caricatura de la mimesis del terror y en la falsa proyección del otro.

La respuesta tradicional de los antisemitas es una apelación a la idiosincrasia. La idiosincrasia se fija en lo particular, en las prácticas que el judío ha sabido conservar a través del rito. Dichas prácticas repiten momentos de la prehistoria biológica y generan en el antisemita una especie de terror protector hacia la naturaleza. El antisemitismo es la falsa caricatura de la mimesis del terror porque en lugar de asimilarse al ambiente, prefiere asimilar como falsa proyección al ambiente dentro sí. Traspone a lo externo lo interno, dejando de reconocer al otro para aniquilarlo, y reproduce en sí la insaciabilidad del poder al que teme; “en las reacciones de fuga al mismo tiempo caóticas y regulares, de los animales inferiores, en los gestos convulsionados de los torturados, aparece aquello que en la vida desnuda no se puede controlar a pesar de todo: el impulso mimético” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 217).

La proyección es percepción. El hombre percibe el mundo como reflexión guiada por el intelecto, como resultado de los datos que el cerebro recibe de los objetos reales, siendo el último producto de la proyección el yo idéntico, esto es, la experiencia entre el objeto real y el propio yo. Sin embargo, la falsa proyección se basa en la ausencia de reflexión, pues no se percibe lo otro como resultado de la experiencia entre el yo y el mundo real, sino más bien como la oposición a lo otro: “lo morboso en el antisemitismo

no es el comportamiento proyectivo como tal, sino la falta en éste de la reflexión. Se inunda y se atrofia al mismo tiempo” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 224). Podría pensarse que el antisemita percibe al judío, pero ni siquiera lo hace, ya que se traspone a este como lo verdadero; la imagen que tiene el antisemita del judío deviene de sí mismo, más no de la experiencia con él.

Lo anterior, se traduce en la paranoia del antisemita. En efecto, la falsa proyección constituye una patología del espíritu que se fundamenta en la autoafirmación aislada de la reflexión o en la absolutización del juicio particular. Dicha indiferencia hacia el individuo es una consecuencia del proceso económico, más precisamente del establecimiento de una economía de los instintos, cuya única pretensión es ejercer control sobre el individuo para aumentar la producción. La anulación del judío se lleva a cabo a través de un proceso de liquidación propio de la administración de un Estado totalitario que extirpa las partes anacrónicas de la población.

El antisemitismo fascista, en nombre de una economía de mercancías, reduce al judaísmo a un simple bien cultural o, como bien lo dicen Horkheimer y Adorno, a un *Ticket* permutable al cual le es teleológicamente connatural el odio por la diferencia. El Iluminismo llega a sus límites, en tanto se pierde a sí mismo y en cuanto se invierte para convertirse en locura. Solamente el trabajo autoconsciente del pensamiento que permite la reconciliación con el otro o con lo otro puede llegar a la superación de la enfermedad que atraviesa el espíritu.

Reflexiones sobre el antisemitismo

Los orígenes económicos y religiosos del antisemitismo son reducidos en importancia frente a la idiosincrasia del judío que es, en últimas, la que desata su propio exterminio. El elemento idiosincrático del judío remite al antisemita a sus orígenes, y ello desata en él la falsa caricatura de la mimesis del terror, cuya esencia reside en la falsa proyección del mundo real y en la eliminación de lo otro. El antisemita elimina al judío por su elemento particular, es decir, por la relación que guarda con la naturaleza a través del rito y que, a su vez, le permite retornar a lo primitivo, valga decir, al *principio del placer* como posibilidad de satisfacer las pasiones y los instintos.

En este orden de ideas, Horkheimer y Adorno, podrían estar viendo al judío como el modelo de hombre que no se autoconserva, pues al estar reconciliado con la naturaleza mediante sus prácticas sagradas se convierte en un ser que aún no se ha fragmentado en razón y naturaleza y que, en consecuencia, no ha eliminado sus instintos bajo los principios de la razón.

Para Horkheimer y Adorno, la crisis de la cultura se debe al desgarramiento que sufre el hombre de su razón objetiva o, lo que es lo mismo, a la ruptura que se da entre razón y naturaleza generada por la subordinación de esta última hacia la primera.

Lo anterior se produce dentro del marco de la figura del sí mismo, esto es, de la capacidad que tiene el hombre de autoconservarse y de dominar la naturaleza como una opción astuta y racional que implica el logro de un fin establecido, por ejemplo: sobrevivir a los avatares del mundo natural. De esta suerte, el hombre hipostasia la razón y, por tanto, le otorga a la naturaleza un papel autodestructivo; lo que significa para él el establecimiento de una moral 'Ilustrada' encaminada a un único objetivo, a saber: la intimidación social, política, económica y psicológica.

Ahora bien, la crisis cultural, de la cual se ha hecho mención, ha acarreado la eliminación del elemento espontáneo y ha hecho del hombre, independientemente de su religión, un ser rígido enmarcado en el esquema de la autoconservación. De lo que se desprende que el judío, a pesar de llevar a cabo las prácticas sagradas mediante una relación directa con la naturaleza, no quede exento de la crisis de la cultura moderna que ha todos nos cobija desde la instauración de principios filosóficos como el ¡*Sapere aude!* kantiano. Al respecto, cabría preguntarse ¿es el judío el tipo ideal de hombre que nunca ha sufrido el extrañamiento entre razón objetiva y razón subjetiva? ¿Es el rito el que ha mantenido al judío preservado de su propia fragmentación? Considero que el contexto que atravesaron los autores en el momento de llevar a cabo *Dialéctica del Iluminismo*, es del todo complejo y de total relevancia para dar respuesta a los anteriores cuestionamientos, en especial si se tiene en cuenta que fue en pleno auge del Tercer Reich que sus autores desarrollaron dicha obra y que, en condición de judíos, fueron perseguidos por el Nacionalsocialismo hasta el punto de producir su exilio hacia Nueva York. Quizá fue la situación de Horkheimer y Adorno la que los condujo a establecer un pensamiento del antisemitismo fundamentado en la mimesis del terror a lo prehistórico.

Referencias bibliográficas

Horkheimer, M. y Adorno, T. (1969). *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, Argentina: Sur.
 Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Madrid, España: Sarpe.